



Editorial Xplora 2012

Páginas: 304 pg.

Dimensiones: 15x22,3 cm

ISBN. 9788415797029

Disponible en ebook y papel
en librerías y en :
editorialxplora.com/tienda

EDITORIAL XPLORA

Lee viajando. Viaja leyendo

www.editorialxplora.com

info@editorialxplora.com

XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.

La puerta del fin del mundo

“Ya está todo amigos. Maten los porros, abróchense sus inmundas camisas y pongan su mejor sonrisa. Hemos venido únicamente a contemplar las vistas. Actuar como si fuéramos los primeros turistas de la temporada”.

Con un giro brusco, Dan condujo el destartalado autobús Bedford lejos de la carretera principal y se detuvo justo debajo de un puesto de control austero y solitario a los pies de la desolada cordillera del Hindu Kush. Estaba agotado. El viaje desde Peshawar había llevado más tiempo de lo esperado. Conocía el camino, ya habían pasado por aquí yendo hacia Kabul, pero esta vez el Bedford no parecía tirar. El motor respondía con lentitud a sus maniobras a pesar de llevar menos peso del habitual. Necesitaba un descanso.

Todavía no.

Más allá de la barrera, el paisaje, en gran parte desprovisto de vegetación, pedregoso y polvoriento, con parches de pastos duros, se expandía bajo un cielo gris plumizo.

Dan estaba absolutamente desesperado, totalmente ido, hasta el punto que parecía estar en otro mundo.

El calor era infernal. No importaba. Estaban acostumbrados. Soledad era lo único que aquellas colinas eran capaces de transmitir. Echando un vistazo al espejo retrovisor, vio su rostro delgado, consumido, quemado por el sol y coronado por un cabello negro y rizado. Sombras negras como pequeñas bolsas de basura arrugadas asomaban bajo sus oscuros ojos. Por su barba áspera no había pasado la maquinilla de afeitar en varios días. Por todos lados había residencias familiares rodeadas de sólidos muros de barro y ladrillo, colocadas sobre el polvo como marchitos castillos con vistas a un reino estéril y seco. No se veía ni un alma.

El guarda fronterizo era un hombre alto con la piel curtida color oliva, cabello rubio despeinado y unos penetrantes ojos azules, atractivo y elegante como la misma oscuridad. Vestía un uniforme paramilitar azul y un Kalashnikov

colgaba de manera informal sobre sus anchos hombros. Parecía peligroso. Miró a Dan con cara de pocos amigos e hizo un ademán para que el autobús cruzase el puesto de control.

“¿Hay aquí algún pastún?”. La voz de Fred sonó un poco ronca.

Tim le dio una palmada en la espalda y respondió. “Sí, pastunes, baluchis, afganos. ¿Qué coño importa? Estamos en uno de los pocos lugares verdaderamente libres en el mundo, amigo. No te preocupes Fred, todo irá bien, ya estamos fuera del control del gobierno”.

Fred no parecía convencido. “Dios, creo que soy demasiado cuadrulado para saltarme algunas reglas. Mejor me tomo un par de pastillas”.

Tim se echó a reír. “Creo que el grandullón de azul nos dejó pasar porque son gente hospitalaria y nuestro aspecto es poco amenazador. De lo contrario nos habría mandado de vuelta. Siempre y cuando no le jodamos podremos hacer lo que nos de la gana, comprar lo que necesitemos y largarnos al anochecer. Así que relájate, todo entra dentro del guión”.

“¿Entonces por qué coño has comprado una pistola en Kabul? Si la ven, nos hacen desaparecer en este desierto sin dejar el más mínimo rastro”.

Cuando una bala pasó zumbando cerca de la ventanilla del conductor, sin impactar por muy poco en el ya roto retrovisor, Dan pisó el freno a fondo. Fred y Thierry cayeron al suelo del Bedford. Tim se acurrucó en el asiento contiguo a Dan, dejando caer al suelo el mapa y un porro a medio liar. Nadie dijo nada más. En el espejo retrovisor, el guardia lenta y pausadamente recargaba su arma. Empezó a caminar despacio hacia ellos entre la polvareda levantada por la brusca frenada del Bedford.

“¿Esto está en el guión?”. Murmuró Dan a su copiloto.

Dan sintió como sus manos se resbalaban del volante. Miedo líquido, un sudor frío que purgaba sus poros y engrasaba su piel.

“¿Tener gafas de sol? Dame gafas de sol”.

Dan hizo todo lo posible para aparentar estar calmado mientras se asomaba por la ventana. Sus ojos se irritaron al instante debido a la pequeña tormenta de arena que su brusca frenada había generado”.

“¡*Salaam Aleikum!*”. Gritó Dan alegremente.

El guardia respondió sorprendido: “*Aleikum Salaam*. ¿Eres musulmán?”.

“No, inglés. Pero somos buenos amigos de los musulmanes”.

El hombre escupió en el suelo antes de dirigirse a Dan y a Tim.

“¿Tener pistola? No pistola, no arma permitida aquí. Yo mirar autobús”.

Hizo una seña a Dan para que abriera por completo la ventana del conductor.

“¿Tener gafas de sol?”.

Thierry lanzó sus maltratadas gafas de sol de montura de acero al regazo de Dan en cuanto la puerta empezó a abrirse.

“Ah”. Fue todo lo que el hombre dijo. Cogió las gafas de sol y dio un paso atrás para examinar a los viajeros en busca de cualquier signo de resistencia.

“Marchar. Mercado en cinco kilómetros. Mantener en carretera principal. Marchar, marchar. Preguntar Mr. Khan. Bienvenidos, bienvenidos”.

Les hizo una señal para que se marcharan, volviendo a su puesto junto a la barrera.

Dan gritó “*Salaam*”, mientras se alejaba rápidamente en dirección a las anodinas colinas.

“¿Qué crees que hará cuando se de cuenta que son las gafas graduadas de Thierry? Se le va a ir la puta cabeza si las lleva más de dos minutos”.

El jocosos comentario de Fred no obtuvo ninguna respuesta.

Thierry se colocó en uno de los asientos tras Dan con una sonrisa irónica. “¿Esto estaba en tu guión?, *mon ami*”.